

ITESO
LECTIO BREVIS 2014
Bicentenario de la Restauración de la Compañía de Jesús (1814-2014):
Memoria y desafíos de una tradición humanista

Buenos días Dr. Juan Luis Orozco, rector del ITESO, Mtra. Gisel Hernández, directora general académica de esta universidad. Buenos días a todos ustedes, alumnos, profesores y personal administrativo de esta comunidad universitaria.

Agradezco la invitación para compartir con ustedes esta breve lección con la que esta Casa de Estudios abre formalmente el nuevo curso escolar.

Empiezo planteando una pregunta a los alumnos y alumnas de nuevo ingreso: ¿Por qué decidieron ingresar al ITESO para vivir esta etapa tan importante en su vida? ¿Acaso porque se lo recomendaron? ¿Porque dicen que aquí está bien la carrera que quieren? ¿Porque han oído que sus egresados pronto consiguen trabajo? ¿Porque el campus tiene muchos jardines? Sin gran riesgo a equivocarme, pienso que muchos responderían afirmativamente a estas preguntas. Hay otra pregunta cuya respuesta en muchos puede no ser afirmativa porque no es un factor que haya sido contemplado en su decisión para entrar al ITESO: ¿Entraron al ITESO porque es una institución a cargo de la Compañía de Jesús, es decir, de los jesuitas?

La Compañía de Jesús, a quien se le ha confiado la dirección de esta universidad, tiene una historia de varios siglos. En esa historia ha habido de todo, o casi de todo: santos, misioneros, exploradores, geógrafos, cartógrafos, naturalistas, científicos, lingüistas, pedagogos, filósofos, teólogos, historiadores, artistas, etc. Pero también ha habido personalidades difíciles, conflictos, triunfalismos, arrogancia, errores. Por un lado, grandes logros y –por otro– grandes desaciertos. Esta variedad de acciones y actitudes de la Compañía en la historia se explica, evidentemente, porque la Orden está integrada por seres humanos, pero también porque muchos jesuitas han corrido el riesgo de lanzarse a explorar, buscar, decidir, querer, servir, ejercer su libertad y tomar decisiones. De aquí que la Compañía de Jesús tenga un pasado complejo pero a la vez rico e intenso.

La Compañía de Jesús fue fundada por san Ignacio de Loyola y aprobada en el año de 1540 por el papa Paulo III. Doscientos treinta y tres años después, en 1773, la Orden fue suprimida, desaparecida, por disposición del papa Clemente XIV. Cuarenta y un años más tarde, en 1814, otro papa, Pío VII, la restableció –la restauró– en toda la

Iglesia universal. Como ven, ha habido papas que ven las cosas de un modo y otros que las ven de modo diferente. En la historia muchas órdenes e instituciones religiosas de la Iglesia han sido suprimidas (la Orden de los regulares Humillados, la Orden de San Ambrosio y san Bernabé, los religiosos Conventuales Reformados, etc.). Una de las más célebres y míticas órdenes suprimidas fue la de los Caballeros Templarios, aprobada oficialmente por la Iglesia en 1129, fue abolida en 1312 por Clemente V. El caso de la Compañía de Jesús es muy particular, pues ha sido la única Orden religiosa en la historia que ha sido suprimida y vuelta a restablecer. Gracias a eso, este año se cumplen dos siglos, el bicentenario, de aquel restablecimiento de los jesuitas como institución religiosa en la Iglesia. De no haber sido así, ustedes seguramente estarían por comenzar sus estudios universitarios, pero no aquí.

A lo largo de la historia los jesuitas se han dedicado a ministerios muy diversos: los dos más conocidos y estudiados son el de las misiones y el de la educación. Fue precisamente un gran proyecto misionero, el de las llamadas Reducciones del Paraguay, el que levantó sospechas y animadversiones políticas contra los jesuitas al acusarlos de promover entre los indígenas guaraníes un “Estado jesuítico” independiente de la Corona. En las misiones que impulsaron en China, donde trabajó el gran matemático, astrónomo, cartógrafo y filólogo Matteo Ricci, se les acusó –entre otras cosas– de alterar la doctrina cristiana al permitir prácticas y términos lingüísticos religiosos de la cultura china en las celebraciones litúrgicas con los neófitos chinos. Valga mencionar que uno de los principios del modo de proceder de la Compañía era y es el saber adaptarse a tiempos, lugares y personas para dar un mejor servicio y transmitir el mensaje evangélico. Incluso en nuestro país, en las misiones de la Baja California, se dijo que durante el siglo XVIII los jesuitas obtenían grandes ingresos con el comercio de perlas, cuando la realidad era que en muchas ocasiones no tenían para comer. Las misiones fueron un gran proyecto evangelizador que al mismo tiempo generó un gran conocimiento del mundo natural, de la geografía y de las lenguas y sociedades originarias.

En cuanto a la educación, sin ser esta una actividad pensada en un primer momento por Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros (a pesar de que todos ellos se conocieron y constituyeron como grupo de amigos mientras hacían sus estudios universitarios en París), pronto surgieron peticiones a los jesuitas para que aceptaran en sus casas de formación a estudiantes externos. La formación que los sacerdotes jesuitas daban a los jóvenes que ingresaban a la Compañía fue algo que en varias ciudades

europeas atrajo el interés de muchas personas y de autoridades civiles y eclesiásticas para que esa educación se ofreciera también a niños y jóvenes de esas localidades. En 1546, hace 468 años, Ignacio de Loyola aprobó que los jesuitas que vivían en la ciudad de Gandía (España) aceptaran en sus clases a alumnos externos. Dos años después, en 1548, en la ciudad de Messina (en Sicilia) se abrió formalmente el primer colegio dirigido por jesuitas y dedicado a la educación de estudiantes externos. Desde entonces los jesuitas fueron recibiendo solicitudes para que se hicieran cargo de colegios y universidades en los cinco continentes: se fundaron colegios y universidades en Italia, Portugal, España, Francia, Inglaterra, Alemania, República Checa, Rusia, India, Etiopía, Filipinas, Perú, Brasil, México, etc.

¿Qué era lo que se enseñaba en estos centros educativos? ¿Cómo se enseñaba? Los estudios en estos colegios se dividían en cursos menores y cursos mayores. En los menores se enseñaba gramática, poesía y retórica; en los mayores se impartían tres años de filosofía (lógica, física y metafísica) y cuatro de teología. A los cursos de gramática, poesía y retórica, se les llamaba “humanidades”. Las humanidades eran consideradas fundamentales para cultivar el espíritu humano a partir del estudio de las reglas de las lenguas clásicas, del ejercicio bello y elocuente de la expresión-comunicación oral y de la habilidad para saber concebir ideas y formularlas de manera clara, precisa y elegante. Se consideraba que el latín y el griego eran las lenguas en que el ser humano había alcanzado la manera bella y clara de expresarse, y de ahí que también se leyera a los clásicos griegos y latinos.

Por otra parte, había un programa de estudios para todos los colegios y universidades jesuitas que estipulaba los contenidos de las materias y daba indicaciones del trato entre autoridades, profesores y alumnos. Se pedía que hubiera una buena comunicación y constante trato entre unos y otros, y se señalaba que esta convivencia debía fundarse en la caridad, entendiéndose en el cariño, sin despreciar a nadie. Autoridades y profesores debían tener un espíritu de apertura y adecuación hacia los estudiantes. Este espíritu de apertura, de flexibilidad, de criterio amplio, debía transmitirse a los alumnos. Y de los alumnos se esperaba todo: dedicación, ingenio, criterio, entrega y sensibilidad. Se esperaba que fueran, y también hoy se espera lo mismo de ustedes, seres humanos para los demás. No los mejores del mundo, pero sí los mejores para nuestro mundo, como indicó el padre Adolfo Nicolás, actual superior general de los jesuitas, en este mismo auditorio hace cuatro años.

Con el pasar del tiempo las misiones se fueron expandiendo y también se fueron abriendo más colegios, seminarios y universidades. En 1773, año de la supresión de la Compañía de Jesús, los jesuitas contaban con más de 800 centros educativos repartidos por el mundo en los que había unos 200 mil alumnos. De todos esos colegios y seminarios dos estaban en esta ciudad de Guadalajara.

En relación a México, los primeros jesuitas se establecieron en nuestro país en 1572. El 9 de septiembre de ese año un grupo de 15 religiosos encabezados por su superior, el padre Pedro Sánchez, arribó al puerto de Veracruz. Ya instalados en la Ciudad de México iniciaron sus tareas apostólicas y en 1574 comenzaron a ofrecer los cursos de humanidades y, un año después, los cursos de filosofía. Posteriormente los jesuitas fueron estableciendo más colegios y abriendo cursos académicos en otras poblaciones: Pátzcuaro en 1573, Oaxaca en 1576, Puebla en 1579, Tepetzotlán en 1586, Morelia en 1589, Zacatecas y Guadalajara también en 1591, Mérida (universidad) en 1618, San Luis Potosí en 1622, Guatemala y Querétaro en 1625, Durango en 1632, Veracruz en 1639, Ciudad Real (San Cristóbal de las Casas) en 1683, Parral en 1708, Campeche en 1716, Chihuahua en 1717, La Habana en 1727, Celaya en 1724 y, finalmente, León, en 1731 y Guanajuato en 1744.

En el caso de Guadalajara, los primeros tres jesuitas –los padres Pedro Díaz y Jerónimo López Ponce, y el estudiante Mateo Illescas– llegaron a esta ciudad en 1586 invitados por el obispo de Guadalajara, fray Domingo de Alzola (de la Orden de Predicadores). El prelado les pidió realizar una misión espiritual en la ciudad y sus alrededores. Dado el éxito de esta actividad, Alzola y su cabildo eclesiástico vieron muy conveniente dar “asiento” estable a los jesuitas en Guadalajara para que “enseñasen a los estudiantes de esta ciudad y obispado”. El prelado y el cabildo pudieron reunir 10 mil pesos que se entregaron al padre Díaz con la finalidad, dice el informe de esa época, de que “haya estudios de gramática y latinidad [...] para que en él estudien y se enseñen los hijos de vecinos de dicho reino (la Nueva Galicia), los cuales hasta ahora por falta de lo sobredicho, han andado distraídos y vagando”.¹ Con el dinero el padre Díaz compró dos terrenos en el valle de Toluquilla (a las faldas del Cerro del Cuatro) en donde se estableció una hacienda que con sus réditos pudo sostener el colegio, el cual quedó formalmente establecido en 1591 y se le llamó Colegio de Santo Tomás. Después de un siglo de funcionamiento, en 1689, se logró que este Colegio ofreciera también los

¹ PALOMERA, Esteban, *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara, 1586-1986*, UIA-ITESO-Instituto de Ciencias, México, 1997, pp. 19-23.

cursos mayores, de filosofía y teología. Por esas épocas llegó de rector del colegio el padre Juan María Salvatierra, el gran apóstol de la California, quien en 1695 obtuvo el permiso y los recursos para establecer cerca del colegio un internado, o colegio-seminario, que se llamó de San Juan Bautista (donde actualmente está el Larva). Es importante señalar que ese antiguo colegio de Santo Tomás, fue el antecedente de lo que después se constituyó como la universidad de Guadalajara.

Así como se fueron consolidando el colegio de Santo Tomás y el seminario de San Juan Bautista, los jesuitas también lograron consolidar en otras regiones del territorio novohispano otros colegios, seminarios, misiones, templos, haciendas y muchas actividades apostólicas. Sin embargo, todo este sistema apostólico, educativo, social y artístico desarrollado en este país se vino abajo de un plumazo, el del Rey Carlos III quien en 1767 ordenó expulsar a los jesuitas de todos sus dominios. En México, el decreto real se ejecutó la madrugada del 25 de junio de ese año. En ese momento en México había 680 jesuitas distribuidos en 26 colegios, 11 seminarios, 4 residencias, una casa profesa y 6 provincias de misiones, éstas últimas con 105 misioneros.

Previamente, en 1759, los jesuitas habían sido expulsados de todos los dominios portugueses y en 1764 la Compañía de Jesús había sido disuelta en Francia. ¿Por qué estas expulsiones? La respuesta es compleja e implica no sólo ver ese periodo en la historia, sino ampliar la visión y el análisis varios siglos antes, incluso antes de la fundación de la Compañía de Jesús. Pero observar la red educativa, misionera, social y cultural que una institución de la Iglesia como la Compañía había desplegado en el virreinato novohispano, e imaginarnos redes similares en otros estados y territorios de otros continentes, puede ayudarnos. En síntesis, podríamos decir que las causas de esta enconada animadversión de las monarquías cristianas (Portugal, Francia y España) contra la Compañía se remitían a la lucha entablada por las Coronas y sus cortes, motivadas por un fuerte sentimiento regalista y absolutista, contra el principio de autoridad en sus dominios de la Iglesia y sus dignatarios. Para los regalistas del Siglo de las Luces, la Compañía representaba una influyente corporación religiosa con gran incidencia en la vida educativa, social, política y espiritual en sus Estados, y cuya lealtad a sus superiores en Roma —el Padre General de los jesuitas y, sobre todo, el Papa— representaba una amenaza, un gran obstáculo, para la consolidación del poder absoluto de los monarcas, quienes en la modernización de sus Estados buscaron el control y subordinación total al estado monárquico de los ámbitos políticos, sociales,

educativos y religiosos. De hecho, su majestad católica Carlos III nunca reveló las causas que lo habían llevado a decidir la expulsión de los jesuitas.

Una vez expulsados de México, los jesuitas novohispanos exiliados se instalaron en los Estados Pontificios, concretamente en las ciudades de Bolonia y Ferrara. En la medida de lo posible, los jesuitas en su exilio procuraron retomar la vida a la que estaban habituados. Sin embargo, la sobrepoblación de sacerdotes que se registró en los Estados Pontificios con su llegada, la prohibición de integrarse a los colegios de los jesuitas italianos y el que muchos sacerdotes seculares y de otras órdenes religiosas miraran con desconfianza a los recién llegados como para darles alguna responsabilidad, limitó a los exiliados para ejercer muchas labores apostólicas. Esto ocasionó que, aparte de las horas que empleaban en sus actividades comunitarias propias, contaran con largos ratos disponibles durante el día. Ante tal panorama algunos de ellos aprovecharon el tiempo para cultivar el estudio, visitar bibliotecas, realizar investigaciones y escritos de diversa índole: histórico, científico, lingüístico o artístico.

Poco a poco los jesuitas exiliados parecían irse adaptando a su nueva vida en el exilio pero se avecinaba una tormenta catastrófica contra ellos. Al morir el papa Clemente XIII que siempre intentó defender la causa de la Compañía de Jesús, las coronas borbónicas intervinieron en el siguiente cónclave para que se eligiera a un papa del que pudieran obtener la supresión definitiva de los jesuitas como orden religiosa. Y lo lograron.

El golpe mortal contra la Compañía se dio el 16 de agosto de 1773, cuando el papa Clemente XIV, elegido como pontífice en el cónclave de 1769, promulgó la supresión de la Compañía mediante un breve pontificio. El golpe para los jesuitas fue terrible, pero lo más admirable es que aunque el grave descalabro sufrido por la extinción había sido firmado por el mismo papa, la fidelidad de los suprimidos a la Iglesia resistió esta dura prueba. Y pesar de experimentar la supresión como una derrota, como un gran fracaso –incluso como ignominia– su fortaleza y creatividad se consolidaron y varios de ellos continuaron con la tarea de producir obras académicas notables de carácter historiográfico, científico, estético, filológico, literario, filosófico y teológico. Por otra parte, un factor que les ayudó para sobrellevar esta nueva y tremenda situación fueron los lazos de amistad que cultivaron durante esos momentos tan difíciles.

Con el pasar de los años los exiliados que se mantuvieron en el estado sacerdotal y conservaron su espíritu jesuítico vieron cómo las condiciones para una posible

restauración de la Compañía se fortalecían poco a poco. De hecho, tanto en Rusia como en Prusia, los jesuitas siguieron trabajando como grupo pues ni la zarina Catalina II ni el rey Federico II aceptaron en sus dominios la decisión del papa de suprimir a los jesuitas. Otro lugar importante en el que un reducido grupo de antiguos jesuitas permaneció trabajando fue en la nueva nación norteamericana. Muerto el papa supresor, el siguiente pontífice, Pío VI, si bien no revocó la supresión, tampoco molestó a los suprimidos e incluso tuvo algunos gestos benévolos con los antiguos jesuitas.

Por otra parte, en los últimos 25 años del siglo XVIII se generaron grandes cambios en Europa y América: la independencia norteamericana, el gran posicionamiento económico y político de Inglaterra, la decadencia de las monarquías borbónicas, la revolución francesa, el surgimiento del poderío político y militar de Napoleón. Recordemos que Napoleón había mandado apresar al papa Pío VI, quien murió camino a Francia, y también puso en cautiverio en Francia al siguiente papa, Pío VII. La Iglesia jerárquica se vivió indefensa, frágil, derrotada. En cuanto a la América española, con la expulsión y la supresión de los jesuitas en muchas regiones se desarticuló de la noche a la mañana un sistema educativo, intelectual, social, misionero y cultural indispensable. Puede decirse que, como señala el Dr. Alfonso Alfaro, en el caso de la Nueva España el momento de la expulsión detonó definitivamente el descontento y desencanto de la población con el rey y su Estado, descontento y desencanto que evolucionaría hasta llegar a la violenta emancipación independentista de México.

En todo este tiempo de cambios determinantes en la historia de Occidente, la Compañía de Jesús estuvo ausente como institución. Pero también, lo estrepitoso de ese profundo cambio geopolítico internacional favoreció el que la misma Iglesia y los estados que se desmoronaban, sobre todo el de la monarquía española, vieran la necesidad de contar nuevamente con los jesuitas como institución. Con la derrota y la abdicación de Napoleón, el papa Pío VII fue liberado en marzo de 1814 y pudo regresar a Roma. Sólo cinco meses después, el 7 de agosto de 1814, promulgó la bula *Sollicitudo Omnium Ecclesiarum* con la que restablecía a la Compañía de Jesús en la Iglesia universal. En ese momento, de los 22 mil jesuitas que había al momento de la supresión, quedaban aún 600 antiguos jesuitas, la mayoría mayores de 70 años, que fueron los que tomaron la responsabilidad de hacer resurgir a la Compañía.

Pero he aquí que cuatro años antes de que el papa restaurara a los jesuitas, ya había habido solicitudes formales para que la Compañía de Jesús se reinstalara en

México, precisamente en Guadalajara. En febrero de 1810, el Ayuntamiento de esta ciudad fue el primero de la Nueva España que determinó solicitar el restablecimiento de la Compañía de Jesús en su jurisdicción y así lo instruyó a José Simeón de Uría, el primero de sus diputados enviado a las Cortes extraordinarias de Cádiz.

Dos años después, ya iniciada la revuelta independentista, no fueron los ayuntamientos del ya debilitado régimen virreinal quienes solicitaron la reposición de los jesuitas, sino los propios jefes de la insurgencia. El 6 de noviembre de 1813, el primer Congreso insurgente de Anáhuac, reunido en la ciudad de Chilpancingo, incluyó en sus decretos independentistas la declaración del restablecimiento de la Compañía de Jesús en México. El acta de esa reunión, firmada entre otros por el Generalísimo de las Armas, José María Morelos y Pavón, decía:

Se procedió a examinar por los señores el proyecto del decreto sobre Declaración de Independencia, y hechas algunas reflexiones y quitada absolutamente la cláusula que habla de la libertad de Fernando VII, quedó aprobado y lo mismo se hizo sin alteración respecto del de la restitución de los jesuitas.²

Sin embargo, y aunque algunos antiguos jesuitas habían podido regresar del exilio a tierras mexicanas desde 1799, fue hasta el 19 de mayo de 1816 que estos religiosos quedaron oficialmente restablecidos como Orden religiosa en México. El grupo de jesuitas que tuvo a cargo la restauración de la Compañía en nuestro país estaba formado sólo por tres sacerdotes mayores de 70 años, y uno de ellos se declaró cansado para la labor pero prometió apoyarlos con sus rezos. Quedó pues la tarea al cargo de dos septuagenarios: el padre José María Castañiza y el padre Pedro Cantón (originario de Guadalajara). Con todo, el gusto de la restauración en México duró poco, pues en 1821 se revocó desde España el restablecimiento de la Orden y, aunque ya no se decretó una expulsión, los pocos jesuitas de entonces vivieron y trabajaron dispersos, sin ser reconocidos como lo que eran y haciendo lo que podían durante todo el siglo XIX. A final de cuentas, el difícil y discontinuo proceso de restablecimiento que en todo ese periodo experimentaron los jesuitas en México, era una de las tantas consecuencias del igualmente difícil e inestable camino de consolidación de México como Estado independiente: un país que —como consecuencia de las luchas entre monárquicos, imperialistas, centralistas, federalistas, conservadores, liberales e intervencionistas

² “Actividades del Congreso durante los días en que se decretaba formalmente la independencia de la América (5 – 9 de noviembre de 1813)”, en LEMOINE VILLICAÑA, Ernesto, *Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época*, UNAM, México, 1965, 420-421.

franceses y norteamericanos— de 1821 a 1900 fue regido por 72 gobiernos: tres regencias, tres triunviratos, dos imperios y 64 periodos presidenciales, de los cuales once fueron encabezados por la misma persona, Antonio López de Santa Anna. Por otra parte, la realidad geopolítica y social del siglo XIX a la que los jesuitas volvieron como institución era muy diferente de la que fueron expulsados en 1767. Prácticamente fue hasta finales del siglo XIX y principios del XX que, habiendo aumentado lentamente el número de jesuitas en México (ya nacidos aquí o venidos de otros países) y a pesar de las políticas anticlericales de los gobiernos liberales, que la Compañía de Jesús en México comenzó a tener cierta estabilidad, lo que no quita que en todo el periodo de incertidumbre se hicieran muchas actividades formativas, pastorales y sociales. En el caso de esta ciudad y después de muchos intentos, en 1903 se estableció una comunidad de jesuitas para ejercer ministerios pastorales en el templo de San Felipe Neri. Tres años después, en 1906, en lo que hoy es la Escuela Preparatoria de Jalisco, se fundó el Colegio de San José (antecedente del actual Instituto de Ciencias). La revolución de 1910 y el conflicto cristero volvieron a agitar la vida del país y, sobre todo, la de la Iglesia, por consiguiente la de la Compañía. Con todo, el colegio pudo reabrir sus puertas en 1920, y una vez firmados en 1929 los acuerdos entre la Iglesia y el Estado para terminar con el conflicto cristero, se fueron estableciendo más instituciones a cargo de la Compañía. Por ejemplo, hacia 1940 en Guadalajara el padre Roberto Cuéllar establece la Ciudad de los Niños y en 1957 se funda esta universidad, el ITESO.

Dentro de todo este proceso histórico de inicio, supresión y restauración de los jesuitas se dice que la Compañía de Jesús ha tenido y tiene una tradición humanista y en el título de esta *lectio brevis* se habla precisamente de los desafíos que para nosotros hoy plantea ese legado humanista. Ahora bien, si la Compañía de Jesús antes de su supresión logró establecer un sistema educativo, misionero, social, artístico y de comunicación a niveles locales e internacionales, es decir una gran actividad con un núcleo centralizado en el progreso cristiano-humano de las personas, ¿es posible hablar de cómo establecer una continuidad con todo ese legado humanista que se generó gracias a la actividad y espíritu propio de la Compañía? ¿Cómo discernir hoy la adaptación de tiempos, lugares y personas, contando con esa memoria, con esa rica herencia que, a su vez, no excluye la ruptura y el fracaso de la supresión y de otros tantos desaciertos?

Si se habla de un espíritu humanista en el trabajo de la Compañía, debe entenderse que ese humanismo busca la promoción y progreso de los beneficios y

facultades del ser humano (libertad, razón, sensibilidad, expresión) para su realización libre y digna. La cuestión aquí es –como respondió el filósofo alemán Martin Heidegger cuando se le preguntó qué era el humanismo– qué se entiende por libertad y por “naturaleza de la humanidad” pues de eso depende que “el humanismo sea diferente”. Ahora bien, en el caso del humanismo cristiano se identifica a la naturaleza humana, en primer lugar, como creación amorosa de Dios. El ser humano se reconoce así creado por amor y es la experiencia de ese amor lo que fija el rumbo de su libertad, de sus decisiones, de su dignidad, impulsándolo a servir y amar a los otros, impulsándolo a cultivar el celo, el cariño, por la humanidad.

En la historia de la Compañía hay muchos ejemplos de alumnos y profesores de sus colegios y universidades cuya formación y experiencia espiritual han despertado en ellos este celo por la humanidad. Antes de terminar, pongo el ejemplo de uno de estos personajes que fue primero alumno y después profesor de colegios de la Compañía en México, que vivió los golpes de la expulsión y de la supresión y que murió anhelando la restauración de la Compañía que en este año conmemoramos. Me refiero a Francisco Xavier Clavigero.

El caso de Francisco Xavier Clavigero es emblemático. Es el único jesuita que hasta ahora el estado mexicano ha reconocido, en 1970, como uno de los hombres ilustres de la nación. Nacido en Veracruz en 1731, Clavigero ingresó al noviciado de los jesuitas en 1748, en Tepetzotlán. Realizada su formación espiritual y académica, fue ordenado sacerdote en 1754. Después de trabajar como formador en los colegios que los jesuitas dedicaban para la formación de niños indígenas en las ciudades de México y Puebla, fue destinado como profesor del curso de Artes al colegio de Valladolid (Morelia). En abril de 1766 llega a esta ciudad de Guadalajara, al colegio de Santo Tomás, donde fue profesor de filosofía. Un año después deja la cátedra y se le encarga atender la congregación devocional de la Buena Muerte. El 25 de junio de 1767, junto con todos sus compañeros jesuitas, fue expulsado de su patria. Fue en el exilio en donde se dedicó al oficio de historiador de la nación mexicana, refutando los escritos de varios ilustrados europeos que consideraban a nuestro país y a nuestro continente como una tierra desdichada, degenerada, en la que la naturaleza se había portado más como madrastra que como madre y en donde sus pobladores originarios eran cuasi bestias que se degeneraban por el clima malsano, por lo que sus capacidades físicas, intelectuales y espirituales eran deplorables. Para varios de estos ilustrados los pueblos originarios de América eran pueblos con una historia malograda, fallida, pueblos incapaces de mostrar

y ofrecer algo valioso en la historia de las civilizaciones. Clavigero respondió a estas opiniones con una obra titulada *Historia antigua de México* en la que recupera el pasado heroico del pueblo mexicana, de su civilización y educación, y al mismo tiempo denuncia el olvido y miseria en la que se encuentran los descendientes de los antiguos linajes indígenas. A todos ellos los llama mexicanos, y él mismo –aun reconociendo que por sus venas corre sangre de padres españoles– también se reconoce mexicano, fusionando su referencia cultural pasada y presente con la de los indígenas. Con base en esta recuperación del pasado, de sus observaciones científicas y de su experiencia de vida entre sus compatriotas, Clavigero desmiente una a una las opiniones de los ilustrados europeos.

Tanto en su enseñanza filosófica en Morelia y Guadalajara como en su oficio de historiador del pasado mexicano en el exilio, Clavigero fue un hombre que asumió la búsqueda de la verdad como un compromiso surgido no sólo por el desafío de una disputa con eruditos europeos o por el impulso del sentimiento patriótico, sino también por una experiencia espiritual de apertura y de flexibilidad, experiencia que se funda, en sus propias palabras, en “el amor a la verdad y el celo por la humanidad”. Más que defender su propia causa, criollo y religioso, optó por “defender la ajena”.³

Amor a la verdad y celo por la humanidad, motivaciones indispensables que Clavigero abraza para identificarse con la causa del otro; de aquél de quien, dada su miseria, no pide ni puede esperar ninguna recompensa.

La obra y la actitud de Clavigero que acabamos de presentar de manera sucinta son uno de los tantos bienes de esa herencia que nos transmite la tradición humanista de la Compañía de Jesús en nuestro país, tradición que esta universidad, de la que ustedes hoy forman parte, está siempre llamada retomar y recrear en una realidad para nada exenta de dificultades y fracasos, pero tampoco exenta de la experiencia profunda del espíritu que genera esperanza, cariño y deseos de servir.

Ustedes, los alumnos de primer ingreso, han hecho una decisión importante, para algunos quizás la primera gran decisión en su vida, al escoger una determinada carrera y dónde estudiarla. De esta decisión dependerá mucho el rumbo que su vida tome de aquí en adelante. Además de ustedes, actualmente hay cerca de dos millones de alumnos que cursan sus estudios en 1611 instituciones educativas a cargo de la Compañía en 73 países. Ahora ya forman parte de esa gran red educativa.

³ CLAVIGERO, Francisco Xavier, *Historia antigua de México*, Porrúa, México, 2003, quinta disertación, p. 711.

Todos esos estudiantes y ustedes son herederos de una riquísima tradición educativa, una tradición que hoy quiere seguir haciéndose vida y seguirse transmitiendo en y por cada uno de ustedes. El desafío de la realidad actual es muy grande: pobreza, violencia, exclusión, globalización, tecnología. Estos y otros desafíos, de alguna manera también se han vivido en otras épocas, como la de Clavigero por ejemplo, época lejana en el tiempo pero cercana en la misma urgencia de buscar la verdad y actuar en favor de la humanidad, sobre todo de la más necesitada.

El ITESO está llamado a seguir poniendo todos los recursos y el corazón para que –fiel a toda la memoria y tradición educativa y humanista que le precede– surjan de aquí hombres y mujeres preparados y virtuosos, hombres y mujeres que practiquen la justicia, que sepan amar y que sean humildes y agradecidos con el Dios de la vida, como dice el profeta Miqueas en la Escritura (Miq 6,8).